

ciudad de Nazareth, se fueran para tener su hijo á Belén, sitio muy distante, y por caminos en aquella sazón muy peligrosos. Revuélvese Strauss contra la narración evangélica, y asegura que ha sido exclusivamente dictada por el empeño antiguo de unir y enlazar con la casa del viejo rey David la casa del Redentor Jesucristo. Y como quiera que las profecías anunciaban previamente á Belén como cuna del mesianismo, convinieron Mateo y Lucas en dar al Mesías la villa de Belén por lugar propio de su nacimiento. A todo esto los racionalistas añaden que nunca sus contemporáneos llamaron á Jesús belenita: llamáronle, por lo contrario, siempre Nazareno. Y dicho esto consideremos lo que dicen tales narraciones. No se puede, no, penetrar con tal estrecha crítica en estas religiosas expansiones de la humanidad. Los mismos que niegan y combaten la tradición cristiana encuéntranle muy numerosos antecedentes en las tradiciones índicas. También allí una joven pare al Salvador Krichna, y queda virgen; también allí los pastores, avisados por celestiales voces, corren á buscar esta encarnación misteriosísima de su Dios y la encuentran á media noche; también allí aparece como animal simbólico el buey; también allí las estrellas brillan en este acto con luz más fúlgida y cantan los espíritus y los genios celestiales en coro difundiendo

por la creación y por el espíritu un inextinguible regocijo. Dejemos al género humano encerrar en cuantos símbolos y tradiciones le plazca estas divinas verdades religiosas, y convengamos en que han redimido á la humanidad entera, después de haberla impulsado por los misteriosos caminos del progreso.

XII

Dicen todos cuantos visitan á Belén que un regocijo misterioso despiden sus campos y sus breñas, muy en contraste con la melancolía despedida por los escombros de Jerusalén y por los fantasmas errantes en procesión y en tropel sobre tan sublimes ruinas. En dos ó tres horas á caballo se recorre la distancia que media entre la cuna y el sepulcro de Jesús. En el trayecto han de topar los viajeros por fuerza con el sitio donde se dilataban y lucían aquellos tan celebrados jardines de Salomón, por cuyos pabellones y florestas el harén oriental de tan voluptuoso rey se holgaba, oyendo á la continua el *Cantar de los Cantares*, ó sea el precioso idilio consagrado al amor de los amores. Mas los viajeros añaden que todo ha desaparecido, y que la sucesión incansable de siglos numerosísimos y las cóleras voraces de conquistadores ejércitos no han dejado si-

quiera un despojo tangible de tan celebrados y encantadores edenes. Como en las riberas mediterráneas nuestras, los cactus del áloe y del nopal se retuercen á una entre los pedregales; el olivo sombrío y la clara higuera empolvada tienden las ramas á una sobre ribazos y sendas; de trecho en trecho se levantan las columnas de aisladas palmeras y se oyen las palmas resonantes al beso de los aires marinos exhalados por el celeste y fresco Mediterráneo. Belén, alzado en una eminencia escarpadísima, parece accesible tan sólo por la parte conducente á Jerusalén. Así puede llamársele verdadera península de breñas, por Océano de arenas muy cercada. En lo alto de la colina, con aspectos de antigua fortaleza, las iglesias y los conventos bizantinos forman como una especie de corona litúrgica. No puede la historia señalar con exactitud el sitio donde naciera el Salvador. Las más auténticas relaciones datan del siglo segundo, y se hallan escritas por Justino *el Mártir*. La repugnancia invencible, opuesta por la sinagoga de los judíos á la Iglesia de los cristianos, sin comprender cómo éstos difundían la idea de su Dios por todas las tierras y todas las razas, evitó á los primeros fieles el señalamiento y fijación de los espacios y sitios donde pasan las escenas capitales del Evangelio. Sin embargo, la puerta de hoy,

mirando á Jerusalén, resulta la misma puerta por donde penetraron la noche antes de nacer Jesús los padres á quienes consagramos todos religioso culto.

En Asia bien puede asegurarse que alcanza el agua estimación tal como el vino y la cerveza en los pueblos boreales. La poesía de Oriente se goza en comparar los más hermosos objetos con la nube, con la fuente, con las linfas, con las aguas, con todo aquello propio para recordar á la sed meridional frescores y humedades. Así el pozo está en Belén junto á la puerta y el círculo de su brocal sirve como de centro á las reuniones y á los coloquios del pueblo. Un pozo atrae. La joven corre á él para escanciar agua en su cántaro y conducirla sobre su cabeza de canéfora con garbo á la casa. El mozo espera naturalmente á la moza en aquel sitio. Los ancianos, atraídos por el espectáculo de la bella juventud, congrénganse allí donde los jóvenes. Y de todo esto resulta la existencia de un Foro natural y la reunión de unas asambleas populares que duran y perduran por siglos de siglos. Un poco de verdor y otro poco de agua, ¡cuál regocijo para los ganados! Muy sobrios los del Mediodía, apenas han menester alguna que otra hierbecilla para el sustento suyo, mantenidos como todos los habituales seres de tan privilegiadas regiones, por la irradiación de su luz y de su

calor nativos. Cuentan y no acaban de la hermosura congénita con estos pobladores de Belén. Los mozos tienen fama de apuestos y los ancianos de muy longevos. Las mujeres descuellan sobre todo su hermosísimo sexo en Palestina. Ojos, trenzas, el seno, la tez, el cuello revisten perfecciones múltiples, encontradas tan sólo en las mujeres de Grecia y en Oriente. La túnica de color azul adornada con gayísimos recamados, el manto rojo, las artísticas sandalias, la toca ligera y alba, el casco de áureas y argéneas medallas que componen su dote, le prestan escultórica hermosura, la cual se acrecienta cuando el ánfora de brazos armoniosísimos da mayores y más proporcionadas dimensiones á su estética estatura. El Evangelio no dice que Jesús naciera en una cueva; pero lo dice la tradición. Y como quiera que se hallen muchísimas embrenadas por las riscosas laderas del montículo belanita, ya la devoción ha fijado y todos admiten el sitio donde nació Jesús. La catedral bizantina, esplendente diadema de aquella eminencia, colocó su crucero sobre tal punto. Aunque los altares de las varias liturgias cristianas, aunque los pavimentos de mármoles, aunque los mecheros encendidos en candelabros modernos, aunque las lámparas presentadas por todas las naciones la despojen del propio colorido local, no puede ne-

garse que allí, en aquel sitio, los arrieros y los pastores reunían sus ganados cuando los mesones estaban llenos, y que allí, en aquel sitio, estuvo el pesebre donde naciera nuestro Dios. La tradición se dilata, no sólo por los pueblos cristianos de todas las comuniones, sino también por los pueblos infieles. Hay allí una gruta de religiosa tradición, á la cual denominan gruta de la Leche. Pues bien, la mujer siria, la mujer hebrea, la mujer ismaelita, la mujer idólatra, todas las mujeres de aquellos contornos, aunque pertenezcan á cultos fetichistas, cuando falta en sus pechos el pródigo licor indispensable á la nutrición de sus hijuelos, arrancan los blancos terrones de sus piedras calizas y en agua los disuelven á fin de recobrar aquel sacratísimo jugo. Por tal manera trasciende á todos los siglos, á todos los tiempos, á todos los pueblos, á los cultos, la virtud santísima de Belén.

A esta región acudieron los reyes magos. Ciertos historiadores desconfiadísimos indagan cómo pudieron conocer monarcas de apartadas regiones la Natividad milagrosa del Mesías. Preguntando esto desconocen el estado moral y el estado mental de las generaciones y de las edades que historian. El mesianismo se hallaba tan difuso y radiante por las conciencias, que toda idea, y toda esperanza, y toda grande aspiración mesiánica se cuajaba con

espontaneidad y producía un astro espiritual capaz de guiar y de conducir á las almas. Entonces poblábanse las grutas de sibilas canoras, el desierto estéril producía profetas innumerables, los presentimientos de una renovación mesiánica entraban en los corazones más fríos y ardían en las inteligencias más apagadas, el profetismo de Isafas resonaba en los versos de Virgilio, y no había un héroe ó un sabio sin su correspondiente cortejo de ilusiones, las cuales ofrecían á los ojos enardecidos y arrobados de aquellos pueblos como un verdadero Mesías. La magia, la interpretación sobrenatural de los hechos naturales, el comentario místico puesto á las cosas vulgarísimas y corrientes, extendíase por tal extremo y con tanta dilatación por todo el Asia, que había razas mágicas y reyes magos. Con la magia uníanse las viejas tradiciones astrológicas, intérpretes más ó menos seguras, pero intérpretes al cabo, del movimiento, del curso, del resplandor de los astros. Así no debe maravillarnos que los reyes magos acudieran en aquel mesianismo universal á la región productora de los verdaderos Mesías, y mucho menos que, dada la superstición astrológica del tiempo, una estrella esplendente los precediera en su largo camino y los entrara, mediante sus rayos y centelleos, en la cueva de Belén. Los historiadores antiguos traen relaciones

análogas entre los fenómenos sociales y los fenómenos celestes. A las leyes de Numa y sus ninfas, al nacimiento de Mitridates, á la muerte de Julio César, á la noche aquella en que se suicidan Cleopatra y Antonio, á la exaltación de Augusto, á mil hechos históricos preceden ó subsiguen las varias apariciones de astros, de sombras, de fuegos, de rayos, que la poesía y la historia guardan y cien generaciones repiten como anuncios infalibles de crisis trascendentales.

A la postre, cuanto sucedía en aquellas horas del génesis de nuestro espíritu, del espíritu cristiano, realizaba las profecías dichas por unas edades á otras edades en su continua sucesión. No hay sino abrir el maravilloso libro de los Números y ver lo que anuncian profetas ajenos, como Balaán, á las creencias de Israel. Llamado por Balac para que maldiga con sublimes acentos á los israelitas, los aclama y bendice al impulso y mandato de Jehovah. Y no solamente los bendice, anuncia la extensión que debía dar á los ideales de Israel su prometido Mesías. Los ojos paganos de su cuerpo cegaron y abriéronse los ojos divinos de su alma, y vió hermosísimas las tiendas de Jacob y hermosos los pabellones de Israel, comparándolos con arroyos fluyentes, con verjeles vecinos al río, con florones de áloes plantados por Dios, con cedros

nacidos junto de las aguas. «Y como Dios extrajo á los israelitas del cautiverio egipcio, les dará fuerzas de unicornio para que devoren á sus enemigos y rompan los huesos de éstos y ericen de saetas sus carnes. Fuerte, como un león, se acostará, fiado en sus fuerzas, Israel. ¿Quién se atreverá, cuál de sus enemigos, á despertarlo? Así una estrella saldrá de Jacob y levantará el cetro de Israel en tales términos que caerán los cantones de Moab y morirán los hijos de Set.» Pues no basta con tales profecías. El mayor entre todos los profetas hebreos, el incomparable Isaías, anunciará también los milagros mesiánicos y apariciones de luminosas estrellas, convocando los reyes de las más apartadas regiones para que conduzcan á los lugares del rey David, á los jardines del rey Salomón, oro é incienso de Sava, camellos de Madián, dromedarios de Elfa, marfiles de la negra Etiopía, mirra de Arabia, presentes y tributos de cien pueblos. Y lo mismo anuncia David en el salmo cuarenta y cinco, cuando dice cómo se ha hermoñado el prometido á causa de verter Dios la gracia en sus labios y amar él la justicia y aborrecer la maldad, por lo cual ungiéronle con óleo de gozo; y mirra, y áloe, y casia exhalaban sus vestidos; y recibió el oro de Ofir, los brocados de Tiro, las perlas de Tarsis, el incienso de Arabia.

Tras todo esto no hay sino reconocer que una tradición, por siglos de siglos difundida, trajo los reyes de Oriente, guiados por una mística estrella de muy esplendorosa luz, hasta el nacimiento de Belén. Esta secular tradición señala Tarsis, Arabia y Etiopía como los respectivos dominios de todos estos reyes magos. Etiopía era, en aquellos tiempos, como un misterio impenetrable, y Arabia como un perpetuo incensario. Desde aquella tierra negra, poblada con hermosos y viejos templos, llenos todos ellos de santuarios tallados en marfil y ébano, venían miriadas de ideas; mientras venían desde Arabia todas las esencias, quemadas en los altares hieráticos y difundidas en los aires verdaderamente sagrados. Por consecuencia, la fe, generada por tantos y tantos profetas superiores, difundida en tantas y tantas edades creadoras, alma de cien pueblos, animó todas estas figuras, vistas en Belén, dándoles una realidad tan viva, que no puede sino reconocerlas y acatarlas de todas veras la historia. Esta duradera tradición fué poco á poco en el tiempo y en el espacio completándose. Los Evangelios no habían dado nombre alguno á los reyes; pero la tradición católica los fué de labio en labio bautizando hasta denominarlos con las palabras, admitidas ya por las creencias vulgares. Desde la décima centuria se llaman Baltasar, que

significa rey del alba y aurora; Melchor, que significa rey de la plena luz; Gaspar, que significa diadema de la oscura Etiopía. Podrá la fiesta de los reyes haberse fijado en el 6 de Enero más tarde ó más pronto; podrán los críticos tachar de inverosímiles y aun absurdas ciertas especies piadosas respecto de tales potentados litúrgicos; pero viven y reinan todavía hoy entre nosotros. La noche del 23 de Junio, la noche del 23 de Diciembre, las vísperas de San Juan y de Cristo, se completan con la víspera de Reyes. Todos los niños aguardan algún presente de los viejos y seculares monarcas; todos los ven pasar en sueños con sus turbantes áureos y blancos, la capa de armiño y púrpura en los hombros, los cálices de oro en las manos, caballeros sobre sus hacaneas relucientes, precedidos por las estrellas del cielo, dejando á sus espaldas como un surco de aromas y esencias en los espacios infinitos. Allá, por nuestras tierras, cuando nuestras almas de niños se abrían, flores de arbutto, á todas las abejas y á todas las mariposas; cuando creíamos y esperábamos, las campanas anchísimas de nuestras chimeneas campestres llovíanos peladillas y anises, los cuales blanqueaban las negras piedras del hogar como con dulce nevasko de azúcares. Y no podíamos contentarnos á esta satisfacción inmensa del anochecer; necesi-

tábamos otra satisfacción al día siguiente de madrugada. ¿Cuál emoción volverán á sentir nuestros corazones comparable con la traída por los reyes en la noche, y encontrada en las ventanas de nuestro cuarto al despertarnos? Yo recuerdo una vez que me dejaron los reyes alba canastilla, toda llena de anises y ornada con multicolores lazos, canastilla en cuyo tope temblaban florículas compuestas por hilos argénteos y pajaritos pintados por sederías de vistosos tornasoles y matices. Ninguna flor del campo hame desde aquel entonces absorbido en arrobamiento, y ningún ave del cielo transpuéstome, ni con sus alas ni con sus gorjeos, como estas flores y estas aves de trapo, significando la religión de mis predecesores, la Iglesia del hogar, la vida del corazón, porque venían de las manos de mi madre y crecieron á su amor y se iluminaron á sus ojos. He aquí la gran realidad viviente de todas estas religiosas tradiciones. Guirnaldas de ideas abrazan á los que fueron y á los que ahora son, á los que ahora son y á los que serán mañana. Tal es, tal, su indudable virtud.

Y lo sucedido en mi corazón ha pasado también por el corazón de los primeros artistas cristianos. Yo nunca olvidaré la emoción producida en mi ánimo por los magos del pintor Gentile, tabla interesantísima que ofrece á los ojos el Museo de Flo-



rencia. Bajo tres arcos agloméranse pajes, heraldos, gentileshombres, cortesanos, como cortejo de los reyes venidos en caballos de bellas estampas y de ricos jaeces. La Virgen, primitiva, muy primitiva, baja su frente al niño sentado en sus rodillas, y el niño pone la mano sobre la calva cabeza del rey tendido casi á sus pies, que ha depuesto la corona magnífica, reconociéndose de la humildad y de la pobreza, él, tan rico, según muestran brocados, y joyas, y preseas, y pedrerías, verdadero tributario. Mucho más natural y sencillo este pasaje en el pintor Peselinc. A la izquierda los caballos, de corte verdaderamente germano, seguidos por una muchedumbre de caballeros cazadores, que sueltan, poseídos por alegría verdadera, los rapaces y crueles halcones. En el centro los reyes, con su corte, vestida toda ella del esplendor propio al Renacimiento florentino. A la derecha, bajo un portal de Belén, humildemente sentada, con su hijo en el regazo, Maria, que mira satisfecha las ofrendas y los homenajes. Nuestro Museo de Madrid guarda, entre sus maravillosas composiciones, dos cuadros de dos pintores excelsos representando este mismo pasaje. Uno es obra de Velázquez, otro es obra de Rubens. No conozco dos obras tan apartadas bajo el mismo género, y el mismo asunto, y el mismo tiempo, como estas dos obras inmortales. El pintor

español ha trazado la realidad prosaica; el pintor flamenco ha trazado lo artificioso y lo teatral. Velázquez refleja y reverbera en su lienzo figuras que han pasado por su retina fiel; Rubens figuras que han pasado por su imaginación creadora. No hay en aquél, no, los excesos de riqueza y de adorno que otros cuadros consagrados á este objeto mismo suelen ostentar. La Virgen se asienta sobre piedras rodadas de una construcción antigua, y viste túnica rosácea, manto azul oscuro, blanca toca muy rebozada, sosteniendo con sus manos á la divina criatura, fajada enteramente y ofrecida con amor al culto de los reyes, quienes, de rodillas dos, y uno de pie, acompañado por un paje, que mira con curiosidad las personas y los objetos, presentan sus áureos y magníficos regalos. Pero el cuadro donde se han aglomerado más efectos de luz, más reverberaciones y arreboles, más esmaltes y matices, mayor número de personajes y mayor copia de riquezas en tamaño asunto, es el cuadro de Rubens. Brocados, terciopelos, tisúes, arcas cinceladas, jarrones de oro, cálices y copas, caballos, camellos, dromedarios, pajes vestidos con dalmáticas relucientes, reyes cargados con toda suerte de adornos deslumbradores, los arreos y las preseas usuales entonces en las cortes de nuestra España, de Francia, de Italia, todo se reúne allí, tomando movi-

miento vertiginoso, animación extraordinaria, como si el cuadro vibrase, como si las figuras hablaran todas á un tiempo, realizada tal suma de soñados esplendores por un colorido que no ya deslumbra, ciega, cual un rayo de sol, abrasándoos los ojos, entre calientes entonaciones, mezclas inverosímiles de rojo bermellón y sangre, facetas de pedrería donde saltan chispas de colores parecidas á nuestros fuegos artificiales, toques azules y cinabrio, todo ello exagerado hasta la violencia y todo ello parecido á escenas del Ariosto, en que la imaginación, desbordada ó loca, finge y fantasea enormísimas hipérbolés. ¡Cuán distante de aquel tranquilo Van-der-Weyden, que pinta un establo modesto, un San José parecido á cualquier aldermán flamenco, de gran corrección todo ello, pero de una extraordinaria sobriedad; angulosas y rígidas figuras de color muy apagado y de actitudes muy sencillas! Lo mismo, poco más ó menos, pasa en el cuadro de Boust relativo á este asunto. Una criada, por completo flamenca, se halla de pie tras la Virgen, quien, puesta en una sede vulgar y ordinaria de aquel tiempo, tiende su hijo á los reyes. El primero de éstos que al Niño Dios adora, no parece un monarca de Oriente sino un doctor de Lovaina. Su traje, túnica de terciopelo, se parece mucho á los trajes doctorales, y su corona muchísimo á

los birretes. Aquellas largas cabezas, aquellas rígidas actitudes, aquellas expresiones en el fondo idénticas, aunque tienen un verdadero carácter también tienen verdadera uniformidad. Lo recordamos para demostrar cómo se diferencian y cómo se diversifican entre sí los varios genios de la escuela flamenca. Pero no acabaríamos nunca si hubiéramos de citar todas las obras inspiradas por estas páginas del Evangelio, que han dado al fin de sí el arte por excelencia, la pintura católica.

XIII

A los cuarenta días justos de la Natividad celebró la Virgen su purificación. Ribadeneira explica muy clara y elocuentemente la ceremonia judía, cumplimentada por los padres de Jesús con arreglo á las antiguas leyes. Disponían éstas la oblación del primogénito á Dios. Cuando no pertenecía el hijo primero de un matrimonio á la sacra tribu de Leví, los padres suyos hallábanse obligados, en su presentación al templo y en su oferta consiguiente al Eterno, de rescatarlo por cinco siclos, moneda correspondiente con los francos de ahora. En el riguroso código litúrgico de los hebreos tal disposición emanaba de otra no menos importante, de aquella que disponía entregar también al sacer-